

El baile.

—¿Tú crees que nos dejarán entrar? —preguntó con la cara vuelta, mirándole fijamente a los ojos.

—Si no nos piden tu carnet de identidad no habrá problema. Tengo dieciocho años, para cumplir diecinueve y tú ya tienes diecisiete, enseñaré solamente el mío. —Le echó un brazo por encima del hombro y adelantaron un paso más en la cola para entrar al baile que organizaba, como todos los veranos para las Fiestas Patronales, el Casino Recreativo y Cultural de Productores de A.H.V. (Altos Hornos de Vizcaya).

—Estoy muy nerviosa —contestó, abrazándolo por la cintura— imagínate la vergüenza si nos vuelven para atrás. —Apoyó la cabeza en su hombro—. En la cola hay vecinos que nos conocen. La señora Vicentica, amiga de tu madre, hace tiempo que nos mira de reojo y “el vasco”, tu compañero de trabajo, está todo el rato girándose para ver si lo saludas.

—Tranquila que está todo controlado, no mires a nadie. Tenemos un plan para que tu edad no sea un problema.

José Manuel siempre había soñado con poder llevar a su novia, cuando la tuviera, al baile en los jardines del Casino. No dejaban entrar hasta los dieciocho años. Era señal de compromiso serio, pues no se iba a buscar pareja, como en otros bailes del pueblo, allí teníamos que demostrar que éramos una pareja formal.

Sus amigos siempre decían que el casino era un sitio de pijos, de hijos de papá, que daban ganas de llorar por su ñoñería. Para él, este era un deseo que ocultaba a sus amigos y guardaba en lo más profundo de su corazón.

Era el momento esperado, tras dos años de salir con Tina, se habían hecho novios cuatro meses atrás, el día de su diecisiete cumpleaños. Ahora en fiestas, quería darle una sorpresa y le pidió, paseando por la

Alameda, ir al baile en los jardines de la Gerencia, el Día de la Virgen de Begoña, patrona del pueblo. Por supuesto irían al de las siete de la tarde, no creía que sus padres la dejaran ir sola al de las once.

No hizo falta insistir mucho, ella también anhelaba poder bailar delante de todos presentándose como novios.

Tina apretó fuerte la mano de él, hacía rato que permanecían en la cola cogidos de la mano.

—Mira Pepe nos estamos acercando al portero y nos mira de una forma, que no me fío.

—Tranquilízate, lo vas a echar todo a perder. Ahora cuando estemos cerca de él, se acercará “el vasco”, tú afirma solo con la cabeza que yo hablaré.

Tina no podía sujetarse los nervios y José Manuel no es que estuviera más tranquilo, pero daba sensación de aplomo.

—¡Hombre la parejita, ¿Qué tal Joseba? Aibá la hostia... pero que novia más guapa tienes! —. La miraba con descaro como si se la fuera a comer.

—Hola Andoni, ¿cómo tu por aquí? ¿No decías que el baile te aburría...? —Se chocaron la mano, se dieron golpecitos en la espalda y continuaron.

—Bueno si.—Miró a su pareja levantando los hombros—Pero como me dijiste que venias al Casino porque ella había cumplido los dieciocho, le dije a Maite: Vamos a conocer a la novia de Joseba, y...aquí estamos.

El portero los miraba con indulgencia, casi compadeciéndose de ellos ante la perla que les había caído con el vasco.

—Es la primera vez ¿verdad? —les preguntó, mientras rompía un poquito las entradas por la esquina superior.

—Si señor —contestó Tina sin atreverse a mirarle a la cara.

—Disfrutad todo lo que podáis, que estos momentos solo se viven una vez—. Los miró sonriente con los ojos plenos de nostalgia.

—Muchas gracias, llevamos cuatro meses de novios—contestó José Manuel cogiéndola de la mano, y dirigiéndose hacia los jardines, salieron corriendo.

Cuando la pareja desapareció entre el enjambre de mesas esparcidas por el jardín, un señor que había estado de espaldas todo el tiempo, se acercó al portero y le chocó la mano mirando hacia la pista de baile.

—Muchas gracias Virgilio, te agradezco que los hayas dejado pasar. Los podías haber tirado atrás perfectamente, pero... muy agradecido. José Manuel es una bellísima persona, conozco a sus padres y además lleva a mi hija en palmitos, pero quería comprobar si de verdad iba en serio con ella.

—Tranquilo Macián, los tendré controlados toda la tarde.

—Tampoco te pases, lo que quiero es que a mitad de la tarde te acerques a ellos y les digas despacito que sabes que ella tiene diecisiete años y te han engañado, a ver cómo reaccionan.

Llegaron corriendo y con el corazón en vilo, a la mesa que tenía reservada Andoni, se acomodaron mirando para todas partes y con las manos cogidas comenzaron a reírse a carcajadas, sin pensar en nadie.

Andoni se disculpó argumentando que no sabían bailar y abandonaron los jardines, antes de que comenzara el baile.

Las primeras notas, de la orquesta Los Errantes, revolotearon ingravidas, como colibrís, invadiendo todos los rincones de aquel mágico jardín, despertando los más profundos sentimientos de la parejita, que

cogidos de la mano se acercaron a la pista y bailando, se mezclaron con todas aquellas parejas "formales", como ellos.

Cuando volvieron a la mesa en el descanso, les estaba esperando el portero con cara de pocos amigos. Se quedaron parados y no hizo falta que hiciera ninguna pregunta.

—Perdone señor, sabía que no había colado, no sé por qué, tenía un mal presentimiento, —dijo José Manuel, poniéndose colorado— ella tiene diecisiete y cuatro meses pero yo voy a cumplir los diecinueve dentro de dos meses. Ahora si usted quiere nos vamos, pero ya hemos cumplido nuestro sueño, que era bailar en los jardines del Casino.

—Tranquilos, solo quería decirles que Macián, el padre de Tina la espera en casa a las diez y media y que usted está invitado a la cena.

Se miraron a los ojos, fundiéndose en un tierno abrazo. Cuando se soltaron para darle las gracias a Virgilio..., había desaparecido.